

Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

IX. LA MISIÓN: EXPANDIR LA ALEGRÍA DEL CORAZÓN DE CRISTO

1)	INTRODUCCIÓN	1
2)	LA ALEGRÍA PRIMORDIAL, FUENTE DE LA MISIÓN	2
3)	ALEGRÍA DE LA CASA: LA DILATACIÓN DEL CORAZÓN	3
4)	ALEGRÍA DE LA OBRA: TRABAJO Y MISIÓN	4
5)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO CONYUGAL.....	6
6)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO EN EQUIPO	6
7)	PRÁCTICA	6

1) Introducción

Tras tratar de la consagración y de la reparación, abordamos ahora *la misión*. Si hemos unido la consagración al amor y la reparación al sufrimiento, vamos a asociar la misión al gozo. La misión nace como el río de la herida del costado: un corazón gozoso que se desborda en el anuncio.

Hemos hablado de la reparación al Padre que podemos realizar entrando en las heridas del corazón de Jesús. Ahora bien, la tristeza puede salvar sólo porque desemboca en la alegría. Si Jesús abraza la cruz es como árbol de vida: Él abraza ya los frutos que brotarán del leño verde. Si sus heridas curan nuestras heridas, su gozo salva nuestro gozo. El Apóstol dijo: “completo lo que falta en mi carne a la pasión de Cristo” (Col 1,24). Y puede añadirse: “completo lo que falta en mi carne al gozo de Cristo”.

Vivimos en un tiempo donde predominan las pasiones tristes como la depresión o el miedo, o también la compasión. A nuestras alegrías, que las hay, las consideramos demasiado frívolas o pasajeras para expresar el misterio del hombre hacia Dios. Ante esto, el corazón de Jesús ha venido a salvar nuestras alegrías. La

alegría de su corazón dilatado, dilata nuestros gozos, para que quepan en ellos la grandeza entera de una vida.

2) La alegría primordial, fuente de la misión

Nuestra misión consiste en propagar el evangelio, que es la “buena noticia”. La palabra “buena” es inseparable de la noción de alegría. De ahí la traducción inglesa “glad tidings”, la “alegre nueva”. El ángel que se aparece a los pastores en Belén dice literalmente: “os evangelizo una gran alegría” (Lc 2,10).

Para explicar esta conexión entre “buena noticia” y alegría recordemos que la alegría es el afecto que nace al alcanzar el bien que amamos. El Evangelio, o buena noticia, anuncia que el bien sumo ha llegado, que se nos ha regalado ya.

Para verlo, prestemos atención al comienzo de la predicación de Jesús, en la sinagoga de Nazaret. Cristo lee al profeta Isaías y anuncia un “año de gracia”, un Jubileo (Lc 4,18-19). La palabra “jubileo” en castellano combina dos orígenes. Por un lado, el hebreo, que viene de “yobel”, el cuerno con que se anunciaba el año de gracia. Por otro lado, el júbilo latino que consiste en gritar de alegría.

Esta alegría muestra la novedad de Jesús. Él no llama solo a la conversión, como había hecho Juan Bautista. Jesús nos dice: Dios se nos ha adelantado, amándonos y perdonándonos sin que lo mereciéramos. Apliquemos esto, no solo al amor, sino también a la *alegría*. La clave no está en alegrarnos por haber alcanzado nosotros el bien. Sino que Dios se alegra primero por el bien que Él ha puesto en nosotros y que nosotros somos.

Esto está ya presente en la creación del mundo. Dios, tras ver que todo era muy bueno, reposó el séptimo día, es decir, se gozó en sus obras. Y al gozarse en ellas las llenó de su gozo, porque el gozo de Dios es siempre eficaz. Solo entonces, en este séptimo día, la creación está lista para ponerse en marcha, gracias a la alegría que Dios puso en ella. El desplegarse del mundo y de la historia es una expansión de esta alegría originaria de Dios.

Jesús ha venido a reinstaurar en el mundo esa alegría de Dios, y por eso empezó su obra con un jubileo. El gozo eterno de Dios en su Hijo único se traduce ahora en la alegría por la vida humana de Jesús. Con Jesús, Dios puede finalmente reposar en su creatura, que le abre lugar en su corazón. Dios ya no nunca dejará de alegrarse en la existencia del hombre. Es importante recordarlo, en esta época de antropología pesimista, cuando muchos se preguntan si es buena o no la existencia de la raza humana.

El corazón de Jesús vive de esta alegría fundante. Es la complacencia o gozo del Padre en su Hijo que llena a su vez al Hijo de gratitud (Mt 11,26) y de gozo (Lc 10,21). De aquí nace la alegría de Jesús al ver la mies abundante que pide ser recogida (Jn 4,36; Am 9,13). Cristo no pide obreros porque el mundo sea un desierto y haga falta gran trabajo para sacarle fruto, sino por la abundancia que el mundo ya tiene. Jesús ve ya la mies porque ve las semillas que el Padre ya ha sembrado y su fecundidad.

Y esto da origen a la misión cristiana. Pues ya no obramos para alcanzar el bien que nos alegre, sino que obramos desde un bien que se nos regala y nos

desborda. Cristo nos dona obrar desde su alegría desbordante. No obramos porque algo nos falte, sino porque algo nos sobra. No amamos a nuestros hijos porque necesitemos colmar en ellos algún deseo nuestro, sino por desbordamiento de la generosidad de Dios a través de nosotros. Amamos a nuestro cónyuge, no como quien pide ayuda, sino como quien rebosa del amor de Cristo. ¿Qué significa esto para tu vida de familia? Veamos ahora cómo, en la misión, se expande esta alegría originaria.

3) Alegría de la casa: la dilatación del corazón

Tomemos otro texto misionero del Evangelio según san Lucas. Nos cuenta el retorno de los 72 discípulos enviados en misión (Lc 10,17-23). Estos vuelven llenos de gozo por su éxito apostólico. Jesús se deja contagiar por este gozo, que es expansivo. Pero, a su vez, corrige ese gozo.

En efecto, los discípulos se deben alegrar, no tanto por su victoria sobre el mal, sino por la precedencia del bien a que están destinados. Es que sus nombres están inscritos en el cielo, es decir, en Dios. La com-pasión (que les hacía curar a los hombres) no es lo primero. Lo primero es gozarse juntos (“con-gozarse”) por el bien pleno al que estamos llamados, que es Dios. De nada sirve liberar del mal si no se encauza todo hacia el bien.

Pero, además, Jesús va a superar esta alegría de los discípulos (en griego *chara*), con un júbilo (en griego *ēgalliasato*) en el Espíritu. Su exultación tiene que ver con el don que Dios hace a los pobres y sencillos. Jesús se alegra porque Dios da sus dones a quienes no podían lograrlos por sus propias fuerzas. Ahora bien, Jesús se alegra también por algo más hondo.

Jesús se alegra porque Él es conocido por el Padre y porque Él conoce al Padre. Si Jesús pidió a sus discípulos que se alegraran porque sus nombres estaban inscritos en Dios, ahora se alegra porque su propio nombre es el de “Hijo”, inscrito en lo más hondo del corazón del Padre. Jesús, por tanto, puede expandir su alegría humana hasta abrazar a Dios. Podemos decir que en esto consiste la entera obra de Jesús: en asumir un corazón humano para que este corazón se dilate hasta contener la alegría plena de Dios.

Ahondemos en esto. Dice la Biblia: “correré por el camino de tus preceptos cuando me ensanches el corazón” (Sal 119,32). La alegría conlleva que el corazón se dilate. Un rostro alegre es un rostro expandido, un rostro triste es un rostro que se contrae. ¿No deberían cambiar los emoticonos, para que alegría y tristeza no tengan el mismo tamaño?

Si la alegría nos expande el corazón es porque nos une al bien que amamos. Y al unirnos al bien, nos dilatamos más allá de nosotros. Esto se muestra ya en los pequeños placeres de la vida. Al comer se nos expande el ánimo. Ahora bien, se expande más al compartir la comida con un amigo. Pues ya no se trata solo del placer del gusto, sino del placer de un gusto compartido que hace crecer la amistad.

Por tanto el placer, por sí solo, terminaría encerrándonos y entristeciéndonos. La verdadera dilatación sucede al encontrar al amigo, en la dilatación del amor. En este caso el placer de la comida, que compartimos con los

animales, adquiere su medida humana, pues lo habita una palabra de amistad. El placer pasa a convertirse en gozo o alegría, porque ese placer se relaciona con nuestro destino.

Jesucristo, carne de nuestra carne, experimentó también muchos de nuestros placeres. Le llamaban comedor y bebedor porque disfrutaba de la comida y del vino, y también del descanso en las obras del Padre, en los campos, con sus pájaros y flores, en el sol y la lluvia que benefician a buenos y malos.

Asumiendo todos estos placeres Cristo los transformó, porque los unió con el destino último del hombre en el Padre. Recordemos lo que dice a sus discípulos: “si me amarais os alegraríais de que vaya al Padre” (Jn 14,28). Así, Cristo ha dilatado hasta el máximo el corazón humano, porque ha introducido allí el mayor de los bienes, al unirse totalmente al amor del Padre y entregarse por los hermanos.

De esta forma Dios expande su presencia en nuestra vida, que ya no está solo en los éxtasis místicos, sino también en las alegrías cotidianas. Si no unimos los gozos con Dios, Dios abandonará gran parte de nuestra vida, hecha de alegrías cotidianas. Y perderemos las alegrías, que no hablarán ya de nuestro destino y serán efímeros.

Así, en un banquete, al hacer un brindis, aumentamos el placer de compartir la comida, porque lo relacionamos con la esperanza que el banquete nos abre. Y la unión conyugal de los esposos es más feliz cuando saben ponerla en relación con la plenitud de su familia. Y, como decía el cardenal Giacomo Biffi, los tortellini que se comen con esperanza de vida eterna saben mejor que los tortellini que se comen pensando que todo termina en la nada.

Esta expansión de la alegría coincide con la expansión misionera de la Iglesia. La Iglesia se expandió como se expande un corazón alegre. El corazón de Jesús fue asociando a sí los corazones de los hombres. La Iglesia crece como casa de la alegría, que puede albergar en sí a cada vez más personas alegres. Por eso la Iglesia es misionera si vibra con la alegría del Resucitado. Tu familia, y Familias de Betania, es misionera cuando acoge a otros en su alegría dilatadora.

Jesús termina una de sus parábolas del reino con esta frase al siervo bueno: “entra en el gozo de tu Señor”. Nos recuerda así la dilatación del corazón a través de las amistades. El gozo se describe como una casa donde se puede entrar y habitar. La expresión “entrar en el gozo” indica también que es preciso edificar ámbitos donde se viva el gozo. Algunas formas de cultivar estos ambientes son las celebraciones que promuevan la gratitud, el humor y el juego, el canto... ¿Cómo hacer para que entrar en tu casa sea “entrar en el gozo”?

4) Alegría de la obra: trabajo y misión

Desde la casa, la alegría se desborda en nuestro obrar: servicio, trabajo, misión. No extraña que la palabra “alegre” venga del latín “alacer”, que significa: pronto y dispuesto para la obra.

Lo confirma el evangelio de san Juan. Jesús habla “para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea completa” (Jn 15,11). Esta alegría de Jesús nace al

poner por obra los mandamientos de su Padre (*Jn 15,10*). También la alegría de los discípulos nace cuando ponen por obra el mandamiento del amor, que les da Jesús (*Jn 15,12*).

¿Cómo se relaciona la alegría con el obrar del cristiano?

El bien más importante que buscamos al obrar no está fuera de nosotros, sino en la propia obra buena. El bien del pianista es tocar con maestría su piano. Y ese obrar llega a plenitud cuando al pianista le da placer y alegría tocar. Si alguien disfruta con la música, tocará mejor la música, porque la tocará alegremente. Por eso Dios ama, no simplemente al que da, sino al que da con alegría (*2Cor 9,7*). Como decía Aristóteles: la alegría hace perfecta la obra.

¿Y el cristiano? ¿Cómo es de alegre su acción? Cristo nos permite, no solo poder obrar el bien, sino obrar alegremente. Esto es así porque al obrar participamos del obrar de Jesús, siendo movidos por su Espíritu, que derrama en nuestros corazones el amor (*Rom 5,5*). Es decir, todo obrar del cristiano está movido desde la caridad, que, como sabemos, es amistad con Dios. La caridad unifica todas nuestras acciones y las encauza para unirnos a Dios. De aquí nace el gozo. Pues al vivir en amistad con Dios, que habita en nosotros, su presencia nos llena de alegría.

En consecuencia, si la caridad anima todas nuestras obras, todo lo que hagamos estará marcado por la alegría. Pues la caridad nos da ya la amistad con Dios, que es el sumo bien. Como dice san Pablo: “ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios” (*1Cor 10,31*). Es decir: hacedlo todo en su alegría, la alegría con la que abraza al Resucitado. El Espíritu de Jesús, que derrama en nuestros corazones la caridad, es un Espíritu de gozo pleno. Por eso Jesús dice que nos va a dar su alegría, para que nuestra alegría llegue a plenitud (*Jn 15,11*). Pues nos va a dar su Espíritu, que es óleo de alegría, para que nos alegremos como Él se alegró en el Espíritu (*Lc 10,21*).

Al hablar de esta alegría de la obra es preciso también entender cómo la alegría abraza el sufrimiento, porque la obra es fatigosa. San Pablo decía: “afligidos, pero siempre alegres” (*2Cor 6,10*). El gozo del corazón de Cristo es tan grande que puede hacer gozosos también los dolores, porque los pone en relación con la fecundidad última, con un destino de plenitud que ya pregustamos en ellos. La cruz y la resurrección redimen juntas, asociando pena y gloria. Es curioso que sea difícil encontrar pinturas o esculturas de Cristo sonriendo. Sí he encontrado algunas, como la del castillo de Javier: son de Cristo en cruz.

Empezábamos diciendo que el cristianismo empieza con una alegría que nos precede, pues el Padre se alegra por nuestra vida. Ahora concluimos con una alegría que nos llega desde nuestra meta, pues Cristo, nuestro hermano, vive ya ante el Padre la plenitud de un corazón alegre. Y como la mirada alegre del Padre nos impulsa desde el origen, así la mirada alegre del Resucitado nos atrae desde la meta. En el evangelio de san Juan, los discípulos no se alegran solo al ver a Jesús, sino que se alegran cuando Jesús les mira a ellos (*Jn 16,22*). Jesús nos ve ya en nuestro destino último, en la plenitud que estamos llamados a ser, resucitados con Él. Y al vernos en nuestra plenitud, nos anima a alcanzarla.

La carta a los Hebreos enseña algo similar. Nos propone a todos los héroes de la fe, no tanto como modelos para que les sigamos, sino como espectadores que nos contemplan luchar (*Heb 12,1*). Es como el jugador número doce de nuestra santidad, que al mirarnos con alegría nos comunica la alegría que viene de la meta, y así nos da fuerza para alcanzarla. ¿Cómo dejarnos mirar así por Jesús? ¿Podemos los padres y educadores aprender de esta forma de mirar?

Esta alegría del corazón de Jesús se refleja en María, “causa de nuestra alegría”. Ella vivió la alegría del nacimiento de Jesús. Ella, al pie de la cruz, transformó su dolor desde la alegría venidera del perfecto nacimiento de su Hijo: la resurrección. Por eso recibió a Juan al pie de la Cruz, con nueva maternidad. Y es una maternidad misionera, porque el corazón de María goza plenamente el “gozo de Cristo, en Cristo, con Cristo, tras de Cristo, a través Cristo, en razón de Cristo” (cf. san Agustín, *Sobre la virginidad* 27,27).

5) Preguntas para el diálogo conyugal

1. El texto dice que “no obramos porque algo nos falte, sino porque algo nos sobra”. ¿En qué momentos de nuestra vida hemos actuado desde la abundancia del amor de Dios y no desde la sensación de carencia?

2. ¿Cómo podemos vivir nuestra vida conyugal y nuestra misión cristiana desde la alegría y no desde la obligación o el deber? ¿Qué cambios concretos podríamos hacer en nuestra vida para lograrlo?

3. ¿Cómo hemos experimentado que el sufrimiento puede transformarse en alegría cuando lo vivimos unidos a Cristo?

6) Preguntas para el diálogo en equipo

1. ¿Cuál es la alegría primordial, originaria y fundante del Corazón de Cristo?
2. La acción y la misión cristiana no brota de una carencia sino de una sobreabundancia. ¿Cómo vivir y hacer real esto en nuestro matrimonio y familia?
3. ¿En qué modo la alegría abraza el sufrimiento en nuestra vida concreta?
4. ¿Qué misión tienes en Familias de Betania? ¿Es fuente de alegría que se comunica y contagia a los demás? ¿Propones misiones a otros matrimonios y familias?

7) Práctica

Recitar diariamente o semanalmente en familia la segunda serie de Letanías al *Cor Iesu* insistiendo en la petición “¡enséñanos a entregar la vida por los amigos!”